

MONIQUE

POR ANGEL CAPELLÁN

I.

Salí del parque completamente alterado. Su imagen era nítida en mi mente. Sí, era ella; no había duda. Acababa de verla claramente: estaba todavía con su vestido verde, los labios pintados de rosa claro, la boca entreabierta, su cabello flotando en el agua del estanque, sus ojos esperando, quizá creyendo sólo, o viendo sin ver. Aún tenían sus uñas el color del esmalte y había en sus manos montones de caricias. ¡Estaba muerta!

La noche sonaba a campanas y recuerdos de conversaciones perdidas; se había perfumado con su alma esparcida por el aire. Me vino a la mente su nombre: “Monique”. No, no era posible. Debía ser alguna ilusión... Me di cuenta de que estaba hablando en voz alta y que de nuevo pronunciaba su nombre, despacio:

—Monique, Monique.

II.

Su recuerdo fue recreando en mí toda la historia. La había conocido hacía unas horas en el Museo, y algo pasó entre ella y yo desde el primer momento. Yo estaba viendo un retrato de Montagna, “Santa Juliana de Padua”; en realidad era una joven romana, o florentina, o de Vicenza quizá; su porte, sus rasgos tenían un equilibrio de belleza y de cultura clásico-renacentista; su mirada estaba puesta en el infinito; tenía una palma verde en la mano; había en aquella joven italiana un atractivo especial y un cierto aire seductor; tenía mucho de mujer y poco de santa.

En aquel momento me di cuenta de que ella estaba a mi lado, viendo el mismo cuadro. Su vista me perturbó un poco. Sentí que había algo de común entre ella y yo; estábamos participando de la misma sensación artísti-

ca; estábamos viviendo los mismos sentimientos. Ella también lo notó. Me sorprendió con una sonrisa leve, casi imperceptible. Para entonces ya me había olvidado del cuadro de Montagna; me atraía de modo especial su cara; apenas tenía maquillaje; en realidad no lo necesitaba; tenía una leve sonrisa que le daba un aire peculiar de alegría y apertura. Las gafas de sol no disminuían su belleza; se adivinaba unos ojos expresivos. Tendría unos veintidós años.

Me di cuenta de que estaba parado ante el cuadro de Montagna y mirándola a ella; me sonrojé ligeramente y seguí adelante. Al lado, en una vitrina, había un bajorrelieve de Donatello. De allí pasé a la sala siguiente; ella venía detrás de mí; quizá ni se daba cuenta. Enfrente había tres cuadros de Velázquez; uno de ellos era un retrato notablemente valioso. De vez en cuando procuraba volver la mirada atrás para no perderla de vista; me atraía de modo irresistible. A la izquierda de la sala, según se entraba, había varios cuadros de Franz Halls: caras sonrosadas, con una sonrisa amplia, popular, reflejada en sus ojos; con unos vasos de cerveza en la mano y una canción en la atmósfera.

Pero la pintura estaba perdiendo interés para mí. En cambio, su imagen se me iba haciendo obsesiva. Quise liberarme, olvidarme de aquello que empezaba a hacerse molesto y agradable a la vez, pero preferí no hacerlo, preferí seguir adelante. Esperé a que ella pasara primero a la sala siguiente; yo, intencionadamente, hice el recorrido en dirección opuesta al de ella. Nos juntamos de nuevo ante el “Aristóteles” de Rembrandt. Traté de fijar mi vista en el filósofo pasando su mano sobre un busto de Homero. Pero instintivamente miré hacia ella. Ensayé una sonrisa forzada, nerviosa. Como una reacción casi mecánica, sin darme cuenta le dije:

—Es sensacional, ¿no?

Ella respondió también en inglés, con un acento que claramente no era nativo:

—Sí, es muy bonito —y añadió con cierto interés: ¿le gusta Rembrandt?

Me gustaba Rembrandt, sí; me gustaban sus retratos donde toda la personalidad estaba plasmada en la cara; aquellas caras llenas de luz, donde sólo interesaban las facciones y todo lo demás estaba en penumbra o en plena oscuridad. Me gustaban aquellos estudios perfectos de psicología, aquellos diagramas acabados de psicoanálisis en colores difusos e indefinidos. Todas estas ideas se me agolpaban en la mente; quisiera haberle demostrado que sabía algo de Rembrandt; pero sólo fui capaz de decir algo trivial e intrascendente:

—Pues sí; Rembrandt es un gran pintor de retratos.

No pude decir más en aquel momento. Se me olvidaron las palabras, las ideas; no me salía ninguna frase. Tuve que terminar con una sonrisa y seguir adelante. Ella también sonrió. Al entrar en la sala siguiente le cedí el paso; seguimos viendo rembrandts; aquella colección de retratos del pintor holandés era la mejor que había visto yo y superaba con mucho la de la National Gallery, El Prado, o el Louvre. Pero me era imposible concentrarme, me iba haciendo incapaz de pensar en lenguaje artístico. Traté de iniciar de nuevo la conversación.

—¿De dónde es Vd. —(Imaginé la respuesta que me iba a dar).

—De Francia; de París, —añadió un poco enfática. Y Vd. ¿de dónde es?

—Yo soy español, del norte, casi al lado de Francia —dije tratando de establecer un punto de contacto.

Esto le agradó y le interesó. De este modo seguimos una conversación trivial yendo de la pintura a cuestiones intrascendentes y viceversa. Al fin pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Monique. —contestó ella.

—Es un nombre bonito —dije.

Ella preguntó con interés:

—¿Y cómo te llamas tú?

—Alberto —respondí. Mi nombre también le agradó a ella. No era reservada, sino más bien abierta y espontánea.

—¿Trabajas en Nueva York?

—No —respondí. Me dedico al deporte del estudio. Realizo investigaciones de Lingüística Comparada. También escribo algo.

No pudo evitar un gesto de extrañeza. Le debió parecer algo abstruso aquello de la Lingüística Comparada. Me miró con cierto respeto y admiración. Se sintió interesada.

Seguimos hablando un buen rato. En poco tiempo habíamos recorrido un largo camino; un camino que llevaba al encuentro mutuo. Al fin nos sentamos. Casualmente era la sala del gran Siglo de Oro de la pintura española. Enfrente teníamos algunos grecos destacados. Me llamaba la atención de modo especial el “Toledo” que estaba a mi izquierda. Ella se interesaba por el Grego. Me preguntó sobre los grecos de El Prado. Le conté cómo la primera vez que los ví, sentí una emoción intensa, inexpresable, como an-

te un gran misterio que se revela y se nos impone de un modo súbito e inesperado; le dije que también había algunos grecos interesantes en la National Gallery de Londres y algún otro en el Louvre, pero que no se podían comparar con los de El Prado.

Yo tenía mis ojos fijos en su cara, en sus labios, en sus ojos que se veían levemente a través de sus gafas negras. Era realmente bella, pero no era una belleza sensual, sino más bien idealizada, abstracta; casi me parecía un sueño; hubiese creído que estaba soñando si no hubiese sido por la gente que estaba alrededor, si no hubiese oído su paso cansino y sus comentarios entrecortados; si no tuviese delante el “Toledo” y la “Visión de San Juan” de El Greco...

En aquel momento miró su reloj y me dijo con naturalidad:

—Alberto, tengo que irme. Lo siento. He pasado un rato muy agradable.

Yo, tras un instante de duda, le pregunté:

—¿Te importaría darme tu teléfono? Quizá algún día podamos ir a ver otro museo juntos.

—Ella, un poco complacida, me dijo:

—Oh sí, encantada: hotel Waldorf Astoria. Habitación seis cuatro uno.

Llámame esta noche. Adiós, Alberto.

—Adiós, Monique.

III.

Faltaban tres cuartos de hora para que se cerrase el Museo. Me sentía incapaz de seguir viendo cuadros. Seguí recorriendo salas sin el menor interés; el siglo dieciocho francés me aburría y los románticos me parecían excesivamente formalistas. Necesitaba sentirme solo, alejado de toda aquella gente; necesitaba pensar en ella. Bajé a la cafetería; allí podría encontrar un poco de tranquilidad. Pasé por las salas de frescos y mosaicos romanos sin prestar apenas atención.

En la cafetería el ambiente era regio; en el centro, un estanque rodeado de grandes columnas de mármol y de esculturas de bronce; a través del agua se veía monedas plateadas que brillaban a la luz de los focos; en forma diagonal, había cinco esculturas, también de bronce, ejecutando una danza graciosa e imaginaria; pequeños surtidores bañaban sus cuerpos que adquirían una extraña suavidad y exquisitez de formas. Se respiraba tranquilidad, belleza, arte. En el aire había conversaciones calmadas; casi ni siquiera eso: sólo miradas, pensamientos vagos.

Me senté en una mesa al borde del estanque. No podía alejar de mi mente a Monique. Su imagen, su voz, su perfume, me seguían. Por otra parte me agradaba pensar en ella. ¿Cómo podría haber ido tan lejos en una hora escasa de conversación? ¿Cómo podía aquella mujer haber entrado tan profundo en mi vida? Yo mismo no lo podía creer. En definitiva, ¿qué crédito podía dar a mis sentimientos? ¿Sería posible que estuviese enamorado? No, no; debía ser imposible; era una ligereza; sería sólo el amor de una tarde en el Museo, pero no pasaría de allí. No, no la llamaría aquella noche, no iría a otro museo con ella. Estaba decidido. Todo quedaría en mi vida como un recuerdo vago, impreciso; como un episodio lejano. Pero al pensar así estaba traicionando la realidad más evidente; la verdad estaba allí, muy dentro: Monique.

Las estatuas del estanque seguían su danza estática; una danza suave, etérea, voluptuosa. Mis ojos pasaban distraídos de una a otra como participando en ella. Tenía la sensación de que también Monique se unía a mí en la danza.

Un camarero se me acercó:

—Lo siento, señor; la cafetería se va a cerrar.

Entonces me di cuenta de que estaba solo, completamente solo; que las luces y los focos se estaban apagando y las estatuas se quedaban en la oscuridad. Me había olvidado hasta de tomar el café. No sabía el tiempo que habría pasado; quizá ni siquiera había pasado el tiempo para mí; me parecía haber estado viviendo fuera del tiempo y hasta fuera de un espacio concreto; tal vez hay ocasiones en que nosotros mismos nos creamos un tiempo y un espacio propios, totalmente nuestros, en los cuales vivimos eternidades enteras. Mecánicamente recogí mis cosas y salí.

IV

Cuando salí del Museo creo que me dediqué a andar incoscientemente, sin rumbo fijo. Debí subir por la Quinta Avenida. Al llegar al Museo Guggenheim, me detuve para verlo una vez más; pero aquella obra maestra de F.L. Wright, que otras veces me había emocionado, no tenía atractivo para mí; la contemplé sin entusiasmo. Luego seguí paseando sin ningún objetivo determinado. Más tarde entré en un bar de la calle 72 y pasé un rato largo sentado ante un café que tampoco tomé. Al fin entré en el Central Park. Otros días había compuesto algunos poemas allí, pero en aquellos momentos ni siquiera era capaz de eso. Estuve tumbado en la hierba un rato largo, mirando al cielo, a los pájaros, los aviones que pasaban, y sintiendo el aire fresco de la tarde.

Estaba anocheciendo. Hacía frío. Me levanté decidido a ir a casa sin llamar a Monique, tratando de hacer un esfuerzo para olvidarlo todo. Seguí hacia el sur para salir a la calle 59. Traté de pensar en los temas de estudio del día siguiente, en las escenas de caza del libro de Hemingway que estaba leyendo. No conseguía nada; era incapaz de liberarme del hechizo de Monique. El parque estaba ya solitario. Sólo se veía algunas parejas aisladas besándose o simplemente sentadas en la hierba, charlando.

Al acercarme al estanque de la parte sur del parque, oí rumores de voces y vi a varias personas agolpadas a la orilla y a dos policías tomando notas. Instintivamente miré al agua y distinguí en la superficie una figura difusa. El corazón comenzó a latirme violentamente, a ritmo acelerado. Tenía el vago presentimiento de que pudiera ser Monique; me acerqué corriendo, ansioso. Al verla, sentí un dolor intenso, agudo, profundo; un dolor que salía desde dentro y me invadía las extremidades de mi sistema nervioso. Seguía mirándola atónito.

A mi lado alguien decía a los policías:

—...Ella estaba aquí a la orilla del estanque. Entonces un señor borracho se acercó a ella y...

No quise seguir escuchando. Me marché casi corriendo. No quise saber nada más. Prefería conservar su imagen nítida, la cara que había visto en el Museo esbozando aquella sonrisa que nunca olvidaría; preferí seguir escuchando en mi memoria su voz, sus preguntas. Oía de nuevo sus últimas palabras:

—Llámame esta noche. Adiós, Alberto.

Al entrar en la estación del “Metro” me di cuenta de que estaba rezando por ella, y pronunciaba su nombre en voz alta:

—Monique, Monique...

New York, 10 de octubre de 1968